

ELOGIO DEL COOPERATIVISMO

Eduardo Moyano Estrada

En recuerdo de los profesores Joaquín Domingo y Alfonso C. Morales,
expertos apasionados del cooperativismo

En este país no respetamos las instituciones, con lo que cuesta construirlas y lo fácil que es derribarlas. Aprovechamos cualquier problema puntual que surja en una institución para ir contra ella, sin valorar que una vez destruida, cuesta mucho levantarla. Eso es lo que está ocurriendo ahora con la economía social con motivo del precurso de acreedores de la empresa Fagor, buque insignia del grupo cooperativo Mondragón.

Es curioso que esa falta de sentido institucional apunte con virulencia sólo a determinadas instituciones, sobre todo a las que tienen algo que ver con fines sociales o intereses públicos (sindicatos, cooperativas,...). Otras, como las que se desarrollan en el área de los intereses privados, suelen salir bastante airoso a pesar de los múltiples casos de ineficiencia en su gestión. ¿Acaso cuestionan los medios de comunicación con la misma intensidad el sistema capitalista por la cantidad de irregularidades que se han producido en el sistema financiero? ¿Acaso descalifican al mundo de la economía de mercado a pesar de la ingente cantidad de quiebras empresariales y de la flagrante violación de los derechos de los trabajadores que se está dando en muchas empresas con la excusa de la crisis económica?

Pero basta con que una empresa cooperativa (como es Fagor) tenga problemas, y serios, para que se cuestione al grupo Mondragón y, de paso, a la institución de la economía social y el cooperativismo. En este periodo duro de crisis económica, la labor de las cooperativas es encomiable, habiéndose salvado de la quiebra muchas de ellas gracias a una buena gestión de los recursos y a la cultura de solidaridad y compromiso con el territorio que caracteriza al modelo de economía social.

Ahora es más necesario que nunca levantar la voz en favor del cooperativismo, apoyándolo como un sistema económico que, integrado plenamente en el mercado, trabaja agregando los intereses individuales de los socios en pro de un interés común. Sus más de cien años de historia avalan una trayectoria que, en muchos países, han convertido a la economía social en un pilar fundamental del sistema de bienestar. En los países nórdicos, sus altas cotas de bienestar deben mucho al papel desempeñado por el cooperativismo. En los meridionales, muchas cooperativas han posibilitado el mantenimiento de un tejido social y económico en el territorio que de otro modo hubiera desaparecido de muchas zonas rurales. ¿Qué hubiera sido del Valle de los Pedroches sin la cooperativa COVAP, por poner un ejemplo?

El desarrollo de áreas como la agricultura y la alimentación, la pesca, la pequeña industria, la enseñanza, la vivienda, los servicios sociales y culturales o el ahorro y el crédito, no pueden entenderse sin la presencia de las cooperativas. Su compromiso con el territorio es la mejor garantía de fidelidad y el mejor antídoto contra la delocalización. Su cultura de la solidaridad y el mutualismo, unido a una creciente apuesta por la modernización de sus estructuras organizativas y sus sistemas de gestión, han convertido a las cooperativas en buenos ejemplos de eficiencia.

Además, sus variados orígenes (católicos, luteranos, socialistas, verdes,...) hacen del cooperativismo un modelo no anclado en una determinada opción política o ideológica, sino adaptado a diversas realidades sociales y económicas que le han dado una fuerte componente

de pragmatismo a la hora de sortear las dificultades, bebiendo de aquí y de allá para encontrar la mejor manera de gestionar con eficiencia los recursos.

Por supuesto que podemos encontrar casos de mala gestión y de ineficiencia en el mundo del cooperativismo, como en cualquier otro sector empresarial. Ciertamente que muchas cooperativas están pasando por problemas, como cualquier otro tipo de empresa en este periodo difícil. En el área de la agricultura española, tenemos excelentes ejemplos de buenas cooperativas, aunque también lamentamos su excesiva atomización en algunos sectores (como el aceite de oliva). Asimismo, encontramos buenos ejemplos de integración cooperativa que han sido capaces de dar el salto hacia modelos de segundo grado para avanzar en proyectos más competitivos (pensemos en grupos como Hojiblanca u OleoEstepa). Junto a estos grandes grupos, hay cooperativas de menor tamaño que cumplen una misión muy positiva en áreas más restringidas, pero no por ello menos importantes.

En definitiva, disponemos de un sector cooperativista vivo, dinámico, diverso y pujante, que es hoy un gran valor para el desarrollo de nuestros territorios. Los problemas por los que puedan estar pasando algunas cooperativas (como es el caso de Fagor y el grupo Mondragón) no debe impedirnos reconocer la importante función que desarrolla la economía social y admitir que es un excelente modo de afrontar con criterios de solidaridad los grandes retos actuales.